

La naturaleza como enigma

Cuando uno se adentra en la obra plástica de Morela Avilán, no tiene muchos caminos a seguir. Y esto ocurre porque el trabajo de la artista es tan fuerte y vigoroso (ya nos referiremos al intenso colorido de su paleta) que no deja muchas opciones, salvo sin duda, la que ella ofrece de forma contundente. Y al utilizar el término «adentrarse» estoy dando preeminencia al sentido de profundidad que domina sus cuadros, pues éstos se proponen como una interiorización que es necesario penetrar, como en el caso de un bosque intrincado que, si bien nos provoca un cierto temor, también nos formula de modo insistente una invitación y una nueva aventura. Nos dice que debemos seguir adelante y asumir una actitud temeraria.

Y la imagen del bosque o quizás la de una selva, no es de modo alguno casual en la apreciación de estas piezas de Morela Avilán, pues una de sus preocupaciones, o quizás la única verdadera, como ella misma lo confiesa, es la naturaleza en estado primitivo, pura.

«Mi problema», dice, «es tratar la naturaleza en mis cuadros, no como un reflejo, sino como enigma». De ahí, la fuerza, casi podría decir, la violencia de su colorido, que de inmediato, y sin que interceda otra idea, nos traslada a las corrientes del expresionismo abstracto, por la complejidad y la sensualidad de su composición, en donde los colores puros luchan por extenderse y apoderarse del espacio de los cuadros, creando una atmósfera cuyo sentido es interrogante. «Por cierto», dice Morela, «uno de mis maestros es justamente Wilhem de Kooning». Pero a diferencia del pintor norteamericano, que al menos su obra última, tiende a la total abstracción, Morela intenta, además, y no de manera tímida como correspondería a una alumna aplicada, sino por el contrario, con la vehemencia de una artista madura, segura de sí, introducir por medio de su enérgica pincelada, la figura humana, o una sugerencia de ella, en estado primitivo.

Pero lo dominante sigue siendo lo que ella llama el sentido de la naturaleza, de tal manera que sus cuadros se proponen encerrar, en los límites siempre precarios del lienzo, esas imágenes, como si por el hecho mismo de apresarlas dentro del rigor del contorno, ella está proyectando el sentimiento de asombro que la naturaleza provoca en su conciencia. Verdes, amarillo y

azules, rojos y magentas, vibrantes en su variedad de tono o en su pureza son, de alguna manera, los protagonistas de esa lucha que ella lleva a cabo en sus telas. Batalla en la que la artista, gracias al control que ejerce sobre su trabajo, logra la victoria.

De pronto, estos colores, dentro de su violencia, podrían ser aplicados con cierto «desorden», pero no hay que olvidar que ese «desorden» es aparente, que es constructivo, tal como ocurre en los maestros del expresionismo abstracto, y que por ello mismo es inherente a la composición, o un recurso esencial de esa composición, y constituye, en última instancia, el orden necesario de la materia distribuida con precisión en el cuadro. Se trata de una exigencia que la artista se plantea a sí misma, el punto de partida hacia el cual se dirige su obra, no como reflejo del mundo, sino como misterio.

Punto de partida y de llegada, la naturaleza, es decir, esos bosques, montes, matorrales, rastros de la visión de un mundo selvático y agreste, construyen la interrogante sobre la que gira la obra de Morela, en la cual la atmósfera, sumamente sensual, por otro lado, que crean esas visiones de la espesura, a veces, habitadas por criaturas mágicas, como en las leyendas del mundo vegetal, emana con la firmeza suprema y se apodera de la atención del espectador.

Esdras Parra
Escritora
Agosto 1999

Este texto fue publicado en el catálogo de la exposición «Morela Avilán. Expresiones del signo», realizada en la Fundación Arte 125 de Caracas en 1999.